

se nos permitía usar nuestros vestidos, traer nuestra comida y alquilar por algunos francos al mes una celda mayor, á la que se da el nombre de « pistola ». De todo lo cual me aproveché, á fin de adelantar en mis trabajos para la *Enciclopedia Británica* y el *Siglo XIX*. Respecto al modo como nos tratarían en Clairvaux, nada sabíamos. En Francia, sin embargo, se cree generalmente que, tratándose de presos políticos, la pérdida de la libertad y la forzosa inacción son por sí mismas tan penosas, que no hay necesidad de agravarlas con molestias adicionales. Por cuyo motivo se nos dijo que seguiríamos bajo el mismo régimen á que habíamos sido sometidos en Lyon. Tendríamos alojamiento separado, conservaríamos nuestros trajes, no se nos impondría ninguna clase de trabajo y no se nos impediría el fumar.

« Aquellos de vosotros — dijo el gobernador — que deseen ganar algo con un trabajo manual, podrán hacerlo en el taller de costura ó en el de grabar en nácar. Estas faenas están mal retribuidas; pero no será posible ocuparos en los demás talleres, como el de camas de hierro, marcos dorados y otros, porque eso exigiría que estuviérais alojados con los demás presos ». Como á éstos, también se nos permitió comprar en la cantina algún alimento adicional y un cuartillo de vino diariamente, siendo todo barato y de buena calidad.

La primera impresión que me produjo Clairvaux fué muy favorable. Se nos había encerrado, y estuvimos viajando casi todo el día, desde las dos ó las tres de la mañana, en uno de esos pequeños departamentos en que, por lo general, están divididos los coches celulares destinados á los presos.

Cuando llegamos á la prisión central, se nos condujo temporalmente á la parte dedicada á penal, y fuimos colocados en celdas extremadamente limpias. A pesar de lo avanzado de la hora, se nos sirvió un rancho caliente, sencillo, pero de buena calidad, permitiéndonos el tomar cada uno medio cuartillo de *vin du pays*, que no era malo y se vendía en la cantina al reducido precio de veinticuatro céntimos el litro. Tratándonos, tanto el director como los demás empleados, con extremada cortesía.

Al día siguiente, el gobernador de la prisión me llevó á enseñarme el local donde pensaba colocarnos, y yo observé que me parecía bien, pero que las habitaciones eran demasiado pequeñas para tanta gente — éramos veintidós —, y tal aglomeración pudiera afectar á la salud; nos dió otras, situadas en lo que había sido en otro tiempo la casa del prior de la abadía y ahora estaba convertida en hospital. Nuestras ventanas daban á un pequeño jardín, y desde ellas se contemplaba una extensa campiña. En otra habitación del mismo edificio, el viejo Blanqui pasó los últimos tres ó cuatro años de su prisión. Antes de eso había estado confinado en una celda de la casa celular.

De este modo obtuvimos tres locales espaciosos, y además otro más pequeño, en donde nos colocaron á Gautier y á mí, á fin de que pudiéramos continuar nuestros trabajos literarios. Este último favor fué debido, probablemente, á la intervención de un respetable número de hombres de ciencia ingleses, que, desde el momento en que fuí condenado, firmaron una exposición pidiendo mi libertad. Muchos colaboradores de la *Enciclopedia Británica* como Heriberto Spencer y Smin-

burne se hallaban entre los firmantes, en tanto que Víctor Hugo puso con su firma algunas sentidas palabras. En fin, puede decirse que la opinión pública en Francia recibió nuestra condena con desagrado; y cuando mi mujer mencionó en París que me hacían falta libros, la Academia de Ciencias ofreció su biblioteca, y Ernesto Renan, en una carta afectuosa, ponía también la suya á nuestra disposición.

Teníamos un pequeño huerto en donde podíamos jugar á los bolos, y en el que pronto logramos cultivar un estrecho espacio á lo largo del muro del edificio, en el cual, en una superficie de ochenta metros cuadrados, cogimos una cantidad increíble de lechugas y rábanos, así como algunas flores. Como era natural, desde el primer momento se organizaron clases, y durante los tres años que permanecimos en Clairvaux, dí á mis compañeros lecciones en cosmografía, geometría y física, ayudándoles también en el estudio de idiomas. Casi todos aprendieron, por lo menos uno, inglés, alemán, italiano ó español, y algunos hasta dos, adquiriendo igualmente conocimientos en algo de encuadernación, cosa que aprendimos en uno de los excelentes libritos de la *Enciclopedia Roret*.

Al terminar el primer año, sin embargo, volvió de nuevo á resentirse mi salud. Clairvaux está edificado sobre terrenos pantanosos, donde la malaria es endémica, y ésta y el escorbuto se apoderaron de mí. Entonces mi esposa, que hacía sus estudios en París, trabajando en el laboratorio Würtz, y preparándose para el examen del grado de doctor en Ciencias, lo abandonó todo y se vino á la pequeña aldea de Clairvaux, que se componía de menos de una docena de casas agrupadas al pie del muro inmensamente elevado que rodeaba la prisión.

Inútil es decir que su existencia en semejante paraje con el referido muro á la vista, no tenía nada de halagüeña; pero no por eso dejó de permanecer allí hasta mi salida. Durante el primer año, sólo le permitían verme una vez cada dos meses, y esto en presencia de un capataz sentado entre ambos; mas cuando se estableció definitivamente allí, declarando su firme propósito de permanecer en aquel lugar, pronto la permitieron que me viera diariamente en una de las casitas que hay ya dentro de murallas, en la que había siempre un vigilante de servicio, y á donde me traía la comida de la posada donde estaba parando. Más adelante hasta nos permitieron dar una vuelta por el jardín del gobernador, vigilados, por supuesto, de cerca, reuniéndose algunas veces á nosotros en el paseo uno de mis compañeros.

Mucho me sorprendió el descubrir que la prisión central de Clairvaux tenía todo el aspecto de una pequeña población manufacturera, rodeada de huertos y campos sembrados de trigo, todo dentro del muro exterior.

La verdad es que, si en una prisión central francesa los confinados están tal vez más á merced del director y demás empleados de lo que parece se hallan en las inglesas, el trato de los presos es más humano que el de los establecimientos correspondientes al otro lado del Canal.

El sistema vengativo de la Edad Media, que aún subsiste en las prisiones inglesas, hace tiempo se ha abandonado en Francia. El preso no se ve obligado á dormir sobre una tarima ó tener un colchón en momentos determinados; el día que ingresa en la prisión le dan una cama

decente, que conserva el tiempo que dure su condena. No se ve obligado á hacer un trabajo degradante, tales como el de mover una calandria ó coger estopa, sino que, por el contrario, se le emplea en un trabajo útil, y de ahí que la prisión tenga el aspecto, como ya he dicho, de una población industrial, donde se hacen utensilios en hierro, marcos de cuadros, espejos, medidas métricas, terciopelo, hilo, corsés de señoras, objetos de nácar, zapatos de madera y otras cosas por el estilo, por casi los mil seiscientos hombres que están allí encerrados.

Además, aunque el castigo por insubordinación es muy cruel, no hay, al menos nada de los azotes que aún se aplican en las prisiones inglesas. Tal castigo sería absolutamente imposible en Francia. Considerada en su conjunto, la prisión de que nos venimos ocupando puede clasificarse entre los mejores establecimientos penales de Europa. Y con todo eso, los resultados obtenidos en Clairvaux son tan malos como los alcanzados en cualquiera de las prisiones del antiguo sistema. « Ahora está de moda el decir que los corrigendos se mejoran — me dijo una vez uno de los individuos pertenecientes á la administración —, pero eso no es más que una majadería, y jamás me inducirán á propagar mentira semejante.

* * *

La farmacia de la prisión se hallaba bajo las habitaciones que nosotros ocupábamos, y algunas veces tuvimos relaciones con los presos que en ella se ocupaban. Uno de ellos era un hombre de cabellos grises, ya en los cincuenta, que cumplió estando nosotros allí. Impresionaba oírle antes de partir de la prisión; sabía que antes de algunos meses, ó semanas tal vez, estaría de vuelta, y le pidió al doctor que le guardara el destino que tenía en la farmacia. No era esta su primer visita á Clairvaux y él sabía que tampoco sería la última. Al recobrar la libertad no tenía á nadie en el mundo con quien poder ir á pasar la vejez. « ¿Quién se ha de ocupar de darme trabajo? — decía — ¿Y qué oficio tengo yo? ¡Ninguno! Cuando salga no tendré más remedio que ir á buscar á mis antiguos compañeros; ellos, por lo menos, me recibirán bien ». Después, al tomar un vaso de más en su compañía y hablar con calor de algún « nuevo golpe », en parte debido á la debilidad de carácter y en parte al deseo de complacer á los amigos, concluiría por entrar en el negocio, y volvería á caer una vez más, como ya le ha ocurrido antes en otras varias durante su vida. Dos meses pasaron, sin embargo, desde que salió, y aún no había vuelto á Clairvaux, por lo que, tanto los presos como los mismos empleados, empezaron á preocuparse de su suerte. « ¿Se habrá trasladado á otro distrito judicial, cuando no ha vuelto? Hay que esperar que no se haya metido en un negocio más hondo — solían decir, aludiendo á algo más que robo —. Sería una desgracia; era un hombre tan bueno y tan pacífico ». Pero pronto llegó á saberse que la primera suposición era la verdadera; vinieron noticias de otros penales, diciendo que ya estaba en uno de ellos el viejo, quien gestionaba su traslado á Clairvaux.

Los ancianos presentaban un cuadro lastimoso. Muchos de ellos habían empezado á conocer la prisión en la infancia ó en la primera

juventud; otros en la edad adulta. Pero « quien ha estado una vez preso, siempre vivirá en la prisión »; tal es el dicho derivado de la experiencia. Y una vez llegado ó pasado de la edad de sesenta, saben que allí han de terminar sus días. A fin de llegar á este resultado cuanto antes, la administración del penal acostumbraba á mandarlos al taller donde se tejían escarpines de fieltro hechos de todas clases de desperdicios de lana, siendo el continuo polvo del taller la causa determinante de la consunción que había de poner término á sus padecimientos; después de lo cual, cuatro compañeros de prisión llevaban al pobre viejo á la fosa común, siendo el guardián del cementerio y su perro negro los dos únicos seres que acompañaban su cadáver; y mientras el capellán de la prisión marchaba á la cabeza del fúnebre cortejo, recitando mecánicamente sus oraciones y mirando distraídamente á los nogales ó higueras del camino, y los cuatro cargadores disfrutaban de la momentánea libertad que dicho acontecimiento les proporcionaba, sólo el perro negro era el único afectado por la solemnidad de la ceremonia.

* * *

Cuando se efectuó en Francia la reforma de las prisiones centrales, se creyó que el principio de absoluto silencio hubiera podido mantenerse en ellas; pero es tan contrario á la naturaleza humana, que, por más que se ha hecho, no ha sido posible conservarlo.

Al observador externo la prisión le parece casi muda; pero, en realidad, la vida se desarrolla allí con tanta intensidad como en cualquier población de sus dimensiones. A media voz, al oído, por medio de palabras sueltas deslizadas á la carrera, y en una tira de papel, toda noticia de algún interés recorría inmediatamente el penal. Nada puede ocurrir entre los presos mismos ó en la puerta del edificio destinada á los empleados, ó en la aldea que da nombre al establecimiento, o en el dilatado mundo de la política parisiense, que no se comunique en el acto por todos los dormitorios, talleres y celdas. Los franceses son demasiado comunicativos para permitir que su telégrafo subterráneo pueda estar inactivo.

No teníamos contacto con los otros presos, y, sin embargo, sabíamos todas las noticias del día: « Juan, el jardinero, vuelve con dos años. La mujer de tal capataz ha tenido una gran pelotera con la del vigilante Fulano. Diego, el que está en el calabozo, ha sido sorprendido escribiendo una carta á Juan, el del taller de marcos. El animal de Fulano ya no es ministro de Justicia; ha caído el ministerio », y otras cosas por el estilo; y cuando se dice que « Perico ha cambiado dos camisetas de franela por dos cajetillas de tabaco », esto da la vuelta á la prisión en un momento.

En una ocasión, un abogadillo que estaba preso, deseaba remitirme una nota, á fin de que suplicara á mi mujer, que vivía en la aldea, que viera de cuándo en cuándo á la suya, que también se encontraba allí; y fué grande el número de hombres que se interesaron en la transmisión del mensaje, el cual tuvo que pasar no sé por cuántas manos antes de llegar á mí. Cuando en un periódico había algo que nos pudiera interesar, éste llegaba siempre á nuestro poder envolviendo una piedrecita que pasaba sobre el alto muro.

El estar confinado en una celda no es obstáculo para que haya comunicación. Cuando llegamos á Clairvaux y fuimos primero alojados en el departamento celular, era grande el frío que allí se sentía en el invierno; tanto, que apenas podía yo escribir, y cuando mi mujer, que se hallaba entonces en París, recibió mi carta, no reconoció la letra. Se dió orden de que las caldearan todo lo posible; pero no había manera de conseguirlo. Más tarde se supo que todos los tubos destinados á la conducción del aire caliente estaban obstruidos con papeles de todas clases, cortaplumas y una multitud de objetos pequeños que varias generaciones de presos habían ocultado en ellos.

Mi amigo Martín, de quien ya he hablado en otra ocasión, obtuvo permiso para pasar parte de su tiempo en una celda, lo que prefería á vivir en una habitación con doce compañeros. Pero, con gran sorpresa, vió que no estaba completamente, ni mucho menos, solo; las paredes y los ojos de las cerraduras hablaban; al poco tiempo todos los que se hallaban en ellas sabían quién era él, y pronto se vió relacionado con cuantos moraban en el edificio. Todo un sistema de vida se desenvuelve, como en una colmena, entre las celdas al parecer aisladas; sólo que esa vida toma á menudo tal carácter, que la hace pertenecer por completo al dominio de la psicopatía. El mismo Kraft-Ebbing no tiene idea del aspecto que asume con ciertos presos condenados á vivir en la soledad.

No repetiré aquí lo que he dicho en un libro, *En las prisiones Rusas y Francesas*, que publiqué en Inglaterra en el 86, en el cual trataba de la influencia moral de las prisiones sobre los presos. Hay, sin embargo, una cosa que debe tenerse en cuenta. La población penal se compone de elementos heterogéneos; pero considerando sólo á los que se toma generalmente por « criminales » natos, y de quienes tanto hemos oído hablar últimamente á Lombroso y sus partidarios, lo que más me impresionó respecto á ellos fué que las prisiones, consideradas como remedio contra los actos antisociales, son precisamente las que producen el efecto contrario.

Todos saben que la falta de educación, repugnancia á un trabajo regular, incapacidad física de hacer un esfuerzo continuado, amor extraviado á las aventuras, propensión al juego, falta de energía, una voluntad virgen é indiferencia por la suerte de los demás, son las causas que llevan á esa clase de gente ante los tribunales. Pues bien, vi con asombro durante mi prisión, que esos mismos defectos de la naturaleza humana que la cárcel se propone evitar, son los que ella engendra en sus moradores, y tiene necesidad de hacerlo así, porque es una prisión, y los engendrará mientras viva. El confinamiento en una prisión destruye por necesidad la energía del hombre y aniquila su voluntad; en la vida del preso no hay modo de ejercitar aquélla; el pretenderlo sería seguramente motivo de serios disgustos. La voluntad del que vive en prisión *debe* matarse y se le mata, quedando menos lugar aún para el ejercicio de las naturales simpatías, haciéndose hasta lo imaginable por evitar todo contacto con aquéllos, ya sean del interior ó del exterior, por quienes el preso sienta algún afecto. Física y mentalmente se le hace cada vez menos capaz de un esfuerzo sostenido, y si ya ha sentido repugnancia por un trabajo regular, ésta irá en aumento durante los años de prisión.

Si antes de ingresar por primera vez en la cárcel le molestaba fácilmente todo trabajo monótono que no le era dable hacer con propiedad y sentía repulsión hacia toda ocupación mal retribuida, esos sentimientos se convertirán en odio. Si antes dudaba respecto á la utilidad social de las leyes de moral establecidas, ahora, después de haber lanzado una mirada escrutadora sobre sus defensores oficiales y conocer la opinión de sus compañeros sobre el particular, las abandonará por completo. Y si la causa de su desgracia ha sido un desarrollo morboso del apasionado carácter sensual de su naturaleza, ahora, después de haber pasado un número de años en prisión, este carácter enfermizo se desarrollará aún más, en muchos casos en proporciones aterradoras. En este último concepto — el más peligroso de todos —, la educación del presidio es tan eficaz como deplorable.

En Siberia vi qué clase de antros de inmundicias y semillero de ruina moral y física eran las asquerosas cárceles, « no reformadas », y ya á la edad de diez y nueve años pensé que, si hubiera menos aglomeración en los dormitorios, una clasificación especial en los presos y se les proporcionara á éstos una ocupación agradable, la institución podría sensiblemente mejorarse.

Hoy tengo que desechar semejantes ilusiones; he podido convenirme á mí mismo de que, en cuanto á sus efectos sobre el preso y sus resultados para la sociedad en general, las mejores prisiones « reformadas » — sean ó no celulares — son tan malas, ó aún peores, que las sucias cárceles antiguas. Ellas no mejoran al preso; por el contrario, en la inmensa y abrumadora mayoría de casos, ejercen sobre ellos los efectos más lamentables. El ladrón, el estafador y el granuja que han pasado algunos años en un penal, salen de él más dispuestos que nunca para continuar por el mismo camino, hallándose mejor preparados para ello, habiendo aprendido á hacerlo mejor, estando más enconados contra la sociedad y encontrando una justificación más sólida de su rebeldía contra sus leyes y costumbres, razón por la cual tienen necesaria é inevitablemente que caer cada vez más hondo en la sima de los actos antisociales que por primera vez le llevaron ante los jueces.

Lo que el individuo haya de hacer después de cumplido, habrá de ser, forzosamente, mayor que lo antes realizado, viéndose condenado á terminar su vida en una prisión ó en una colonia de trabajos forzados. En el libro á que antes he hecho referencia, digo que las prisiones son « universidades del crimen, mantenidas por el Estado ». Y ahora, pensando sobre el particular, después de quince años, á la luz de la consiguiente experiencia, no puedo por menos que ratificarme en lo que entonces afirmé.

Personalmente no tengo razón alguna para quejarme de los años que pasé en una prisión francesa. Para un hombre activo é independiente, la limitación de ambas cosas, libertad y actividad, es por sí sola una privación tan grande, que de todas las restantes, de todas las pequeñas miserias de la vida en prisión, no vale la pena de ocuparse.

Como es natural, cuando oíamos hablar de la vida política tan activa que se hacía en Francia, sentíamos doblemente nuestra forzosa pasividad. El fin del primer año, particularmente si el invierno es triste, es siempre penoso para el preso, y al llegar la primavera se siente con

más fuerza que nunca la falta de libertad. Cuando vi desde nuestras ventanas los prados vistiéndose de verdura y los cerros envueltos en un manto gaseoso, ó al ver correr al tren por el valle hasta perderse entre las montañas, sentía vivamente grandes ansias de seguirlo y respirar el aire de la selva, ó ser arrastrado por la humana corriente á una populosa ciudad. Pero el que une su suerte á la de un partido avanzado, debe estar preparado á pasar algunos años en prisión, y no tiene derecho á quejarse; comprende que, aun preso, no es por completo una parte inactiva del movimiento que extiende y fortalece las ideas que le son tan queridas.

En Lyon, mis compañeros, mi mujer y yo, es indudablemente que encontramos muy groseros á los vigilantes y capataces, pero después de los primeros rozamientos, todo quedó arreglado. Además, la administración del establecimiento sabía que la prensa de París estaba á nuestro lado, y no querían traer sobre sus cabezas los truenos de Rochefort y la punzante crítica de Clémenceau, freno que, por otra parte, no se necesitaba en Clairvaux, pues pocos meses antes de llegar nosotros, todo el personal había sido renovado. No hacía mucho que un preso había sido muerto en la celda por los vigilantes, colgando después el cadáver para simular un suicidio; pero esta vez el médico no se hizo solidario del hecho; el director fué destituido, y la situación mejoró visiblemente en el interior de la prisión. Los recuerdos que conservo de su jefe, son, por cierto, agradables, y, en suma, mientras estuve allí pensé más de una vez que los hombres son mejores que las instituciones á que pertenecen. Pero, por lo mismo que no tengo agravios personales que vengar, puedo más libre é incondicionalmente condenar el sistema en sí mismo, como resto del obscuro pasado, falso en sus principios y fuente de innumerables males para la sociedad.

Algo más debo mencionar, por tratarse de una cosa que me impresionó, tal vez más que el efecto desmoralizador de las prisiones sobre los presos. Qué foco de infección es toda prisión — y hasta toda Audiencia, — por su vecindario, por la gente que vive en sus inmediaciones.

Si Lombroso, que tanto se ha ocupado del « tipo criminal », que pretende haber descubierto entre los presos, hubiera hecho los mismos esfuerzos para conocer la gente que mora en torno de los mencionados establecimientos — esbirros, espías, picapleitos, policías secretos, timadores y otros por el estilo, — hubiese tenido probablemente que convenir en que su tipo criminal tiene mayor extensión geográfica que las paredes de una cárcel. Jamás vi tal colección de rostros del más bajo tipo humano como los que encontré en los alrededores y en el interior del *Palais de Justice*, en Lyon, cosa que dentro de los muros de Clairvaux no había hallado.

Dickens y Cruikshank han inmortalizado algunos de estos tipos, los cuales no representan más que un mundo que revolotea alrededor de las Audiencias y difunde su infección en un gran radio en torno suyo, pudiendo decirse otro tanto de cada prisión central, como Clairvaux. Es una atmósfera de pequeños robos, estafas y raterías, espionaje y corrupción de todas clases que, como la mancha de aceite, invade cuanto le rodea.

Todo esto lo observé, y si antes de mi condena ya yo sabía que la sociedad se equivoca en su actual sistema de castigos, después de dejar á Clairvaux conocí que aquél no es sólo malo y erróneo, sino también sencillamente ridículo, cuando en parte inconsciente y en parte por ignorancia de la realidad, mantiene por su cuenta estas universidades de corrupción, bajo la ilusión de que son necesarias como un freno contra los criminales instintos del hombre.

XIV.

Todo revolucionario encuentra en su camino muchos espías y *agents provocateurs*, y á mí me ha tocado también mi parte correspondiente en el asunto. Todos los gobiernos gastan sumas considerables de dinero en mantener esta clase de reptiles; y, sin embargo, no son peligrosos más que para la gente joven. Quien haya tenido alguna vez experiencia de la vida y conocimiento de los hombres, pronto se da cuenta de que hay algo en torno de tales gentes que da motivo á recelar. Reclutadas en el fondo de la sociedad, entre hombres del tipo moral más bajo, con sólo fijarse en el carácter moral de la persona con quien se tropieza por primera vez, pronto se nota en las maneras de estos « soportes de la sociedad » algo chocante que da lugar á hacerse esta interrogación: ¿Qué ha atraído ese hombre hacia mí? ¿Qué cosa puede tener de común con nosotros? En muchos casos esta simple cuestión es suficiente para poner á uno en guardia.

Cuando fuí á Ginebra por primera vez, el agente del gobierno ruso encargado de espiar á los emigrados era bien conocido de todos nosotros. Aunque se daba el título de conde, como no tenía lacayos ni carruaje donde colocar su corona y sus armas, las había hecho bordar en la especie de manta que cubría su perrito.

Lo veíamos frecuentemente en los cafés, pero nunca le dirigimos la palabra; era, en verdad, un « inocente » que sólo se ocupaba en comprar en los quioscos todo lo que publicaban los refugiados, agregándole probablemente aquellos comentarios que más pudieran agradar á sus jefes.

Otros varios fueron llegando á dicha ciudad, á medida que el número de emigrados aumentaba, y, sin embargo, bien fuera de un modo ó de otro, también llegamos á conocerlos.

Cuando aparecía algún extraño en nuestro horizonte, se le preguntaba con la franqueza propia del nihilista sobre su pasado y su presente, descubriéndose bien pronto qué clase de persona era. La franqueza en las relaciones mutuas es indudablemente el mejor medio de establecer corrientes de armonía entre los hombres; pero en este caso, el valor de tal procedimiento era innegable. Multitud de personas á quienes ninguno de nosotros había conocido ú oído hablar de ellas en Rusia — absolutamente extrañas á los círculos — vinieron á Ginebra, y muchas de ellas á los pocos días, ó tal vez horas, de su llegada, se encontraban amigablemente relacionadas con la colonia de refugiados, lo que por ningún concepto lograron hacer jamás los espías. Estos pueden dar nombres de personas conocidas; les es posible proporcionar informes, algunas veces verdaderos, de su pasado en Rusia; pueden poseer á la perfección el lenguaje y las maneras del nihilista, pero no asimilarse

esa especie de moral nihilista que ha nacido y se ha desenvuelto en el seno de la juventud rusa, lo que por sí solo basta para tenerlos á cierta distancia de nuestra colonia; los espías pueden imitar todo menos eso.

Cuando yo trabajaba con Reclus, había en Clarens uno de ellos, de quien todos nos apartábamos. No conocíamos sus antecedentes, pero comprendíamos que no era de los «nuestros», y mientras más hacía por introducirse entre nosotros, más sospechoso se nos hacía. Jamás le había dirigido la palabra, lo que no era obstáculo para que él procurara relacionarse conmigo. Viendo que no podía hacerlo por los medios usuales, empezó á escribirme cartas, dando citas misteriosas para tratar de asuntos reservados en el bosque ú otro sitio parecido.

Por divertirme, acepté una vez su invitación y fuí al lugar señalado, acompañado de un buen amigo que me seguía á cierta distancia; pero el hombre, que probablemente tendría su correspondiente colega, debió notar que yo no estaba solo y no pareció. Así me ahorré el placer de cambiar con él ni una sola palabra; además, trabajaba tanto entonces, que hasta los minutos los tenía distribuidos entre la Geografía y *Le Révolté*, sin ocuparme de otra cosa, y, sin embargo, más tarde supimos que el tal sujeto acostumbraba á enviar á la Sección Tercera informes detallados respecto á las supuestas conversaciones que había tenido conmigo, lo que en ellas me permití confiarle y el terrible complot que yo preparaba en San Petersburgo contra la vida del zar, todo lo cual se tomaba como moneda corriente en dicha capital y en Italia también. Un día que detuvieron á Cafiero en Suiza, le enseñaron formidables informes de espías italianos, quienes prevenían á su gobierno que Cafiero y yo, cargados de bombas, íbamos á entrar en Italia. Cuando la verdad era que jamás había estado yo en ese país ni tenido intención de visitarlo.

En cuanto á los hechos, sin embargo, no siempre los espías hacen castillos en el aire; á menudo refieren cosas verdaderas, pero todo depende del modo de decirlas. Cierta vez pasamos un rato divertido al conocer una reseña dirigida al gobierno francés por un espía del país, que nos siguió á mi esposa y á mí, cuando viajábamos en el 81 de París á Londres. El individuo, haciendo un doble juego, como ocurre con frecuencia, vendió su trabajo á Rochefort, quien lo publicó en su diario. Cuanto decía el espía era correcto; ¡pero qué modo de contarlo!

Por ejemplo, escribía: «Tomé el departamento inmediato al ocupado por Kropotkin y su mujer — era verdad que estaba allí; nos apercebimos de ello porque desde el primer momento procuró llamar nuestra atención con su cara sucia y repulsiva —, hablaron ruso todo el viaje, á fin de no ser comprendidos por los pasajeros — también esto es cierto; hablamos, como siempre, ruso —. Al llegar á Calais, ambos tomaron un caldo — lo cual es igualmente exacto, le tomamos; pero aquí empieza la parte fantástica del viaje. — Después de esto desaparecieron bruscamente, y fué en vano que los buscara por todas partes. Cuando se volvieron á presentar, él venía disfrazado y seguido de un cura ruso, que ya no se separó de él hasta que llegaron á Londres, donde perdí de vista

á este último. Como lo anterior, lo dicho es también verdadero. Mi mujer tenía una ligera molestia en un diente y le pedí permiso al encargado del restaurant para que ella pudiera entrar en su habitación á arreglárselo. Por lo que «desaparecimos»; y como teníamos que atravesar el Canal, me guardé mi sombrero de fieltro en el bolsillo y me encasqueté una gorra de pieles, de modo que quedé «disfrazado». En cuanto al misterioso cura, allí estaba, en efecto. No era ruso; pero eso no tiene importancia, pues la verdad es que vestía el traje de la iglesia griega. Lo encontré delante del mostrador, y pidiendo algo que nadie comprendía. «*Agua, agua*», repetía en un tono angustioso: «Dad al señor un vaso de agua», dije á un camarero, por cuyo motivo, el cura, admirado de mis extraordinarios conocimientos lingüísticos, empezó á congratularme por haber intervenido en su favor, con una efusión verdaderamente oriental. Mi esposa se compadeció de él y le habló en varios idiomas, pero ninguno de ellos entendía; al fin se logró averiguar que conocía algunas palabras de una de las lenguas eslavas del Sur, y pudimos sacar en claro que era griego y quería ir á la embajada turca en Londres, manifestándole nosotros que también íbamos á dicha capital y que podía venir en nuestra compañía.

La parte más divertida de esta historia fué que, casualmente, le pude proporcionar la dirección de la embajada turca, aun antes de haber llegado á Charing Cross, pues en una de las paradas que hizo el tren, dos señoras, muy elegantes, entraron en nuestro ya bien lleno departamento de tercera, cada una con un periódico en la mano. Una era inglesa y la otra, una mujer hermosa que hablaba bien francés, pretendía también serlo. Esta última, apenas habíamos cambiado algunas palabras, me dijo *à brûle pourpoint*: «¿Qué pensáis del conde Ignatieff?», é inmediatamente después: «¿Vais á matar pronto al nuevo zar?» Estas dos preguntas me pusieron al corriente respecto á su profesión; pero, pensando en mi cura, le dije: «¿Sabéis la dirección de la embajada turca?» «Calle tal, número tal», me dijo en el acto, como una niña en la academia. «¿Podrías tal vez darnos igualmente la de la embajada rusa?» — le pregunté, y habiéndomela comunicado con la misma prontitud, puse ambas en conocimiento del sacerdote.

Cuando llegamos al término de la jornada, la señora estaba tan deseosa de ocuparse de mi equipaje, que hasta intentó llevar ella misma un voluminoso paquete con sus manos enguantadas, por lo que, al fin, me vi obligado á decirle, con gran sorpresa suya: «Basta ya; las señoras no llevan el equipaje á los hombres. Podéis marcharos».

Pero volvamos al verídico espía francés. «Se bajó en Charing Cross — continuó diciendo —, pero durante más de media hora después de la llegada del tren no abandonó la estación hasta tener la seguridad de que todos los demás se habían marchado. Yo, mientras tanto, permanecí oculto tras una columna. Cuando vieron que ya no quedaba nadie en el andén, ambos corrieron á tomar un coche; pero yo hice otro tanto, sin embargo, y pude oír la dirección que el cochero dió á la salida al policía: 12, calle de tal, y seguí tras ellos velozmente, no encontrando vehículo alguno hasta la plaza de Trafalgar, donde lo tomé, continuando la persecución hasta verlos descender en la dirección indicada».

Todos los hechos que aquí se relatan son exactos, lo mismo la di-

rección que todo lo demás; pero qué misterioso aparece. Yo había prevenido á un amigo ruso mi llegada; mas aquella mañana la niebla era muy densa y él se quedó dormido. Lo estuvimos esperando media hora, y después, dejando allí nuestras maletas, nos dirigimos en carruaje á su domicilio.

« En la referida casa permanecieron con las cortinas echadas hasta las dos de la tarde, á cuya hora salió un hombre alto, que volvió una hora después con el equipaje ». Hasta la observación respecto á las cortinas era correcta; tuvimos que encender el gas á causa de la niebla, y corrimos aquéllas para librarnos del desagradable espectáculo que ofrecía una callejuela de Islington invadida por la neblina.

Cuando estaba trabajando con Eliseo Reclus en Clarens, acostumbraba á ir á Ginebra á presenciar la tirada de *Le Révolté*, y un día, al llegar á la imprenta, me dijeron que un caballero ruso deseaba hablarme. Ya lo había hecho con mis amigos, y les indicé que venía con propósito de inducirme á publicar en Rusia un periódico de la índole del nuestro, ofreciendo para tal fin todo el dinero necesario. Fui á encontrarlo en un café, donde me dió un apellido alemán: el de Tohnlehm, diciéndome que era natural de las provincias del Báltico, jactándose de poseer una gran fortuna invertida en ciertos estados y empresas industriales, hallándose muy disgustado con el gobierno ruso por su proyecto de rusianización. La impresión que en general me produjo fué, hasta cierto punto, indeterminada; así que, mis amigos insistían en que aceptara su ofrecimiento; pero su aspecto, sin embargo, dejaba algo que desear.

Del café me llevó á sus habitaciones del hotel, donde empezó á mostrar menos reserva y aparecer tal como era, y, por consiguiente, más repulsivo. « No pongáis en duda mi fortuna — me dijo —; tengo además un invento de importancia, del que pienso sacar patente y hacer que me produzca una suma respetable, dedicándolo todo á la causa de la revolución en Rusia ». Enseñándome, con gran sorpresa mía, un candelero que sólo se distinguía por lo feo, y cuya originalidad consistía en tener tres pedacitos de alambre destinados á recibir la vela. Ni la mujer más pobre habría encontrado el invento útil, y aun cuando se hubiera registrado, ningún industrial hubiese dado por la patente más de cincuenta pesetas. « Un hombre rico, pensé, no es posible espere nada de semejante mamarracho; al hacerlo, indica claramente que no ha visto nada mejor, lo que me hace creer que no existían tales carneros, é indudablemente no tenía de rico más que el nombre; no siendo suyo el dinero que ofrecía ». Por lo que decidí hablarle de la siguiente manera: « Perfectamente; si tanto deseáis tener un periódico revolucionario ruso y habéis formado de mí la favorable opinión que habéis expresado, tenéis que depositar vuestro dinero en un banco, á mi nombre y á mi entera disposición. Pero os prevengo que no tendréis en él intervención alguna ». « Desde luego, así se hará — dijo él —; mas podré verlo, daros mi opinión sobre su marcha y ayudaros á introducirlo de contrabando en Rusia ». « No — repliqué —, nada de eso; no necesitaréis verme para nada ». Mis amigos se figuraron que yo había estado muy duro con el tal sujeto; pero algún tiempo después de eso se recibió una carta de S. Petersburgo, previniéndonos que recibiríamos la visita de un espía de la Sección Tercera, llamado Tohnlehm. El candelero nos fué, pues, de alguna utilidad.

* * *

Ya sea de un modo ú otro, estas gentes siempre se dan á conocer. Estando en Londres, en el 81, recibimos una mañana brumosa la visita de dos rusos; conocía á uno de ellos de nombre, pero no al otro, á quien éste recomendaba como su amigo. Y según dijeron, el último se había ofrecido á acompañar al primero á una visita de varios días á Londres. Como su introductor había sido un amigo, no me inspiró la menor sospecha; pero como estaba muy ocupado aquel día, encargué á un amigo que vivía allí cerca que les tomara habitaciones y los acompañara á ver Londres. Y como mi mujer no había visto tampoco la capital, fué con ellos; mas al volver á la noche, me dijo: « Ese hombre no me gusta nada; mucho ojo con él ». « ¿ Pero por qué? ¿ Qué ha ocurrido? » — le pregunté —. « Nada, absolutamente nada — me replicó —; pero por el modo de tratar al camarero en el café y en la manera de andar con el dinero, vi, desde luego, que no era de los nuestros, y no siéndolo, ¿ á qué viene en busca nuestra? » Creyendo tanto en lo justo de sus sospechas, que, sin dejar de cumplir sus deberes en cuanto á la hospitalidad, se manejó de tal modo que no lo dejó solo en mi estudio ni una vez siquiera. En nuestra conversación con él se mostró á tan bajo nivel moral, que hasta avergonzó á su compañero, y al pedir más antecedentes suyos, la explicación que dieron ambos no tuvo nada de satisfactoria. Lo que dió lugar á que los dos estuviéramos en guardia; por último, á los dos días se fueron de Londres, y quince días después recibí carta de mi amigo, llena de excusas por haber presentado á un joven que, según había descubierto en París, era un espía al servicio de la embajada rusa. Esto me hizo fijar la vista en una lista de agentes de la policía secreta rusa que prestaban servicio en Francia y Suiza, que nosotros los emigrados habíamos recibido del Comité Ejecutivo, que tiene ramificaciones en todo San Petersburgo, y hallé en ella el nombre del joven sólo con una letra alterada.

El lanzar un periódico subvencionado por la policía, con un agente de ésta á su frente, es un antiguo plan, al que recurrió el prefecto de policía de París, Andrieux, en el 81. Estaba yo pasando unos días en casa de Reclus, en la sierra, cuando recibimos una carta de un francés, ó mejor dicho un belga, en la que nos anunciaba que iba á publicar un periódico anarquista en París, y pedía nuestra colaboración.

La carta, en la que rebosaba la adulación, nos produjo una desfavorable impresión, y además Reclus tenía un vago recuerdo de haber oído el nombre del autor mezclado en un asunto poco edificante. Decidimos, pues, negarnos á ello, y yo escribí á un amigo de París, encargándole que se enterara de dónde procedía el dinero destinado á tal empresa, porque pudiera ser de los orleanistas, á cuyo recurso habían apelado éstos en otras ocasiones, razón por la cual deseábamos conocer su origen. Y el amigo referido, procediendo con una rectitud de obrero, leyó dicha carta en un mitin, en presencia del mismo interesado, quien pretendió agraviarse, por lo que tuve que escribir otras varias sobre el mismo tema, pero en todas ellas permanecí aferrado á esta idea: « Si el hombre es de buena fe, debe mostrarnos la fuente del dinero ».